

LA PORCELANA DE CHINA.



Objetos de porcelana china.

Nada hay mas particular que el gabinete de un anticuario, esos grandes aficionados á las cosas antiguas y objetos raros y curiosos: muchos de ellos no son conocedores y tienen mas las antigüedades por capricho que por verdadera ciencia.

Yo tengo un amigo que tiene en su casa un salon, que

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX. 40.

aunque no deja de ser elegante, está atestado de muebles viejos, de sillas del tiempo de doña Urraca de Castilla, de abanicos chinos, de pequeñas estatuas mutiladas, encontradas en las ruinas, y una infinidad de medallas, de armas de los salvajes de América, de flechas, que dice están envenenadas, de espingardas, de útiles, que han servido para cortar los europeos, asados en los días de gala de los caníbales y antropófagos. Allí hay coladuras, que dice pertenecieron al castillo de don Alvaro de Luna, hoy reducido á escombros. Allí jarros antiguos desportillados y platos viejos de todas clases, entre los que me llamó la atención uno cuadrado que representaba un juego de damas, el cual ocupaba en el salón un sitio preferente, puesto en un cuadro de terciopelo carmesí con clavos dorados.

Aquel plato, que de seguro no compraría en el Rastro nadie, era una de las piezas que mostraba con mas orgullo el anticuario, porque al irlo á tocar alarmado, me rogó que cuidase de no romperlo, porque era muy antiguo y le sería imposible reemplazarlo con otro.

Me contenté con mirarlo, y como el dueño no supo decirme á qué época suponía pertenecer su alhaja, le pregunté qué significaba una A y una D mayúsculas, que seguramente jamás se habían visto iguales en el alfabeto de la China ó del Japon.

—Precisamente eso es lo que podré explicar á vd. me dijo el dueño con un aplomo y un orgullo admirables. Las iniciales A y D significan evidentemente *Ante Diluvium*, con que ya vd. ve si apreciaré este plato, fabricado antes del diluvio.

Semejante solución me hizo soltar la carcajada, y el amable anticuario, con una sencillez extraordinaria, no comprendía la causa de mi hilaridad.

Estas escenas de antiquomanía se reproducen casi todos los días, particularmente en lo que concierne á las porcelanas de la China; todo el mundo quiere tener objetos de estos, y son muy pocos los que las conocen bien. Yo no me jacto de entenderlo mas que los otros, y justamente por eso voy á dar á los lectores del MUSEO DE LAS FAMILIAS algunas ideas tomadas de un soberbio volumen, compuesto por un verdadero chino, impreso en China, y traducido después literalmente por un miembro del Instituto de Francia.

A creer á los egiptólogos, una especie de sábios, cuyo oficio consiste en desenredar la embrolladísima madeja que forma la historia del antiguo Egipto, el origen de la porcelana se remontaría á mil ochocientos años antes de la venida de Jesucristo. Esos buenos señores sacan su opinión de unas botellitas ó especies de frascos que pretenden haber sido exhumados del fondo de los sepulcros egipcios. Nosotros hemos visto algunas muestras de estos frascos, que efectivamente son de porcelana y tienen inscripciones chinas en el museo del Louvre, ¿pero está acaso probado y será cierto, que correspondan al bagaje de los difuntos que partieron al otro mundo en el tiempo de los Faraones? Nosotros no proponemos á nuestros lectores que se rompan la cabeza en aclarar un hecho que exigiría nada menos que el testimonio de las momias, si pudiesen hablar. Solo haremos dos observaciones. Primera: nada indica que la China haya sido conocida de los antiguos: y la segunda, que según el libro chino, de que hemos hablado, la porcelana data indudablemente de una época que debe comprenderse á ciento ochenta y cinco años antes de Jesucristo. Fué inven-

tada en el país de Sing-Ping, hoy Hoav-Ning-Heen, departamento de Tchín-Tcheou-Fou.

Se debió esta invención á Chum, emperador de la China, que antes de elevarse al trono, ignoramos el cómo, fué alfarero.

La historia nos señala muchos alfareros que han trocado su humilde condición por el poder supremo. Agathocles, Barba-roja y otros cuyo nombre no tenemos presente. Creemos ver en estas transiciones anomalías, poco creíbles, porque es difícil pasar su vida en ver y manejar todos los días el barro, sin pensar en la fragilidad de las grandezas humanas, y esto no debe de ser un estímulo para buscarlas. Sin embargo, no sería asombroso que el hábito de amasar el barro, de modelarlo á medida de su voluntad, inspirarse algunas veces el deseo de modelar así á los hombres: esto explicaría la inclinación de los alfareros al soberano poder.

Los progresos de la porcelana permanecieron estacionarios hasta ochenta y siete años después del nacimiento de Jesucristo. Desde el año 200 al 274 comienza á lanzarse desde su cuna y á mostrarse con brillo en varias localidades á la vez. No se cita todavía ningún obrero distinguido, ninguna pieza notable con relación á la materia, á la forma y á la ejecución, solo sabemos que la porcelana era azul, y que era tenida en grande estima.

En el año 383, un decreto especial del emperador mandó á los habitantes del país, llamado hoy King-Te-Tchin, que fabricasen porcelanas para su uso, y se llevasen á su capital Kiang-Ning-Fou, suplantada después como se sabe por la ciudad de Pekín.

En el año 621, apareció, en fin, un obrero que se hizo distinguir entre todos los demás. Se llamaba Thao-Yu: celoso de su talento, llevó él mismo á la capital sus brillantes productos, que los inteligentes designaron con estas palabras: Kia-Yu-Khi. Vasos de jaspe artificial.

La reputación de Thao-Yu, hizo surgir bien pronto otros obreros que se esforzaron por imitarle, y aun por sobrepujarle. Desde este momento se vió establecerse diferentes fábricas en Thang-Nan; las porcelanas que de allí salieron hicieron la reputación de este país, que debía ser, y que es todavía en nuestros días, el célebre punto de las manufacturas imperiales.

En esta época vivía uno, llamado Ho-Teong-Thson, fabricante de porcelanas, fondo blanco, tan sumamente bellas, que un decreto especial le encargó el hacerlas para el uso particular de S. M. China. Todavía existen sus obras, las cuales nada han perdido de su reputación, se conservan precisamente bajo el nombre de Ho-Yao, porcelana de Ho.

A mediados del siglo X la porcelana tomó una gran extensión.

Pasemos ahora á dos célebres artistas que se distinguieron simultáneamente por las pinturas de flores, de pájaros y de toda clase de animales sobre la porcelana, que los ricos apreciadores se disputaban entonces á precios fabulosos.

El uno de estos artistas se llamaba Chu-Ong, el venerable Chu; el otro era su hija, cuyo talento sobrepujaba al de su padre, lo mismo que su hermosura eclipsaba la de todas sus compañeras, así es que no la llamaban mas que Chu-Kio, la bella Chu. Las porcelanas que había adornado su linda mano de flores, que era en lo que principalmente sobresalía, se vendían tan caras como las mas estimadas de

la fábrica imperial, la que no trabajaba para todo el mundo.

Esta prodigiosa concurrencia la debía mas particularmente á su verdadero talento que á los encantos de su juventud. Yo presumo que el efecto provenia de ambas causas. Sea de esto lo que quiera, la bella Chu, satisfecha de sus triunfos en pintura, desdeñó buscar otros de otro género, mas claramente dicho, se propuso permanecer soltera, y lo que es mucho mas raro, persistió en su resolución, aun cuando llegaban de todos lados, pidiéndola en matrimonio.

Aquí es preciso decir que la condicion social de las esposas chinas no es todavía la misma que la de nuestras españolas; hay entre las dos una notable diferencia.

En el Celeste Imperio, el casamiento sujeta al bello sexo á la esclavitud y á la prision; en España precisamente sucede todo lo contrario. Un viagero, digno de crédito, asegura haber encontrado labradores chinos manejando un arado al cual estaba unida su muger, costado con costado á un asno.

Entre nosotros el estado de soltera vieja, indica una suerte de disfavor, que yo casi diria una falta de mérito. En China nada hay de esto; el celibato que es una causa de oprobio, da á las solteras un gran honor. Una señorita que rehusa casarse, se ve colmada de elogios, es citada como modelo en toda la comarca, y se levantan arcos de triunfo con inscripciones pomposas, que muy frecuentemente dumanan de la misma corte imperial.

Es cosa admirable á los ojos de las jóvenes chinas esta clase de monumentos, á los que dan mas valor que á un marido, porque le encuentran en la calle. A la verdad, es menester convenir que se rinden iguales honores á los viudos que han permanecido fieles á la memoria de su difunta.

En cuanto á la bella Chu, yo no tomaré á mi cargo decidir si lo hizo por vanidad, por aversion al arado, ó por otro motivo, el renunciar al matrimonio; supongo solamente que si permaneció soltera (porque de ordinario el espíritu acompaña al talento) despues de tener en cuenta estas consideraciones, seria porque habria elegido lo mejor.

De trece provincias (sobre diez y ocho) que cita el libro chino, de las que mas sobresalen por sus ventas, yo me decidirla por la de la provincia de Kiang-Siou, ó mas bien dicho, la de King-Te-Tchin, en la cual se hallan las manufacturas imperiales há mas de ocho siglos.

Entre varios registros figuran las porcelanas entregadas al emperador; estos artículos constituyen una cifra enorme. He aquí lo que ví: platos de flores, treinta mil; platillos blancos con dragones azules, seis mil; copas floreadas para el vino, con sierpes en medio de nubes, diez y ocho mil cuatrocientas; platos de fondo blanco con flores azuladas y dragones teniendo entre sus garras estas dos palabras: *fo* dichosa y *Cheou* larga vida, catorce mil doscientos cincuenta. Yo me detuve ante esta lista interminable y me pregunté con pesar ¿Que diablos puede hacer S. M. China de toda esta bajilla á menos que no suponga que sus gentes son tan torpes que la rompen desde la mañana á la tarde? Si esto es así, con el sistema que rige en la China, debia haber un fuego graneado de bastonazos en la residencia imperial: lacayos, cocineros, reposteros, camareros y comprendiendo el gran guarda-ropa, debian sacudirlos á porfia, ni mas ni menos que en una batalla general.

Entretanto no debe olvidarse que S. M. posee un considerable número de palacios, teniendo en cada uno una bajilla particular, y cuyo órden exige tantas clases de platos y de platillos para servir manjares diferentes, tantas de copas al dia, ó cestas, porque tiene variedad de frutas y de pasteles para postres, que las tazas para el té no sean las mismas que están destinadas á los vinos, á los sorbetes, á la limonada, ó la decoccion del yuyuba (licor de azufraita): en fin, que el monarca tiene esencial cuidado en que no pueda haber jamás confusion entre los vasos consagrados á su uso. Nos consta así mismo que el emperador se complace en enviar á sus oficiales algunas veces, el sobrante que contiene su mesa ó su contenido, y los regalos que ofrecen á los estrangeros admitidos en estos estados, consisten lo mas frecuentemente en porcelana de esta clase.

Hacia mil seiscientos años que fabricaban los chinos la porcelana cuando los portugueses la trajeron á su pais en 1518. Dos años mas tarde se ensayó en Sajonia la porcelana dura.

En Francia la fabricacion de la porcelana se divide en dos épocas distintas, la una comprende la porcelana blanda que precedió quince años á la de Sajonia, y la otra la porcelana dura de Sevres que tiene de fecha desde 1770. Sin embargo, los franceses, menos estacionarios que los chinos, no habian podido aguardar tan largo tiempo para emprender sus trabajos, y se habian esforzado en imitar las muestras que se les habian traído. Sucesivamente llegó uno á componer una pasta dura que da una porcelana casi semejante á la de la China ó del Japon: otro descubre el *kaaolin* en Alençon.

Desde el 1.º de setiembre de 1712 datan las primeras noticias exactas que se han tenido en Europa sobre la porcelana de la China, traídas por un misionero que las publicó.

Desde entonces, las fábricas de loza se pusieron á fabricar la china, y sobresalió entre todas la manufactura de Sevres.

En China, lo mismo que en Europa, la porcelana se compone de dos partes principales, la una que da al barro su transparencia, y la otra que le comunica la fuerza y solidez.

La parte arcillosa de las pastas, de la que depende su duracion, se llama *kaaolin*, así como la montaña de donde se saca. El *kaaolin* se encuentra por capas, así como la arcilla al pié de nuestras colinas. La parte vitrificable ó petro-silex, no es otra cosa que la roca misma desprendida y reducida á menudísimos pedazos.

Estas dos materias no llegan á su brillante destino sino despues de la minuciosa preparacion que vamos á indicar. El *kaaolin* se lava reiteradas veces hasta que no queda mas que una arcilla muy blanca y suave al tacto. Se la pone en barritas, se la deja secar y en este estado se la entrega al fabricante.

La roca fundible exige por su dureza mas trabajo. Despues de haberla quebrantado y pulverizado por medio de instrumentos particulares, se la echa en una artesa llena de agua, meneándola bien con una paleta. El polvillo que sobrenada se une en masa y forma una escarcha que se recoge preciosamente bajo el nombre de crema de *Pe-Tun-Tse*. Esta operacion se repite cuantas veces es necesaria

para que nada se pierda, despues de lo qué, se seca y se mete en barricas lo mismo que el *kaolin*. Aun así solo despues de nuevos lavados destinados á estraer las mas pequeñas partes heterogéneas, es cuando se les hace entrar en la composicion de las pastas.

Hecha la mezcla se la mete en unos estanques enlosados y embetunados donde se la pisotea por hombres, y aun algunas veces por búfalos, porque se ha notado que es un trabajo muy fatigoso. Luego se modelan los vasos, sirviéndose ó del torno ó de moldes, segun la forma que se quiera dar á la pieza de porcelana.

Debe variarse la mezcla segun el grado de fortaleza que

quiera darse. En las porcelanas comunes domina el *Pe-Tun-Tse*. Lo contrario sucede en las porcelanas de valor.

En China se multiplican menos las proporciones que en Europa. En Sevres, en Alemania, en general en las manufacturas imperiales, no se escasea la porcion arcillosa. Allí se confecciona la porcelana destinada á los reyes, á los príncipes, y sabido es que nada hay demasiado hermoso para los poderosos de la tierra.

Modelada ya la porcelana, el modo de preparar los moldes presenta mas dificultades y complicaciones, siendo indispensable retocarlos cada vez que sirven.

En las grandes obras entran ordinariamente como su-



Fabricacion de los moldes.

cede en los candelabros y otro gran número de piezas que se reunen por medio de una soldadura que se llama *barbotina*, y cuyas señales se hacen desaparecer con el calor del horno. Así es como se ponen las asas y otros fragmentos que no pueden ajustarse al primer golpe,

Terminada la pieza se la pone á secar, luego se le entrega al artista, que despues de haberla mojado con un pincelito de pelo de cabra, la retoca, la cincela ó le hace sus recortes calados.

Despues de haber pasado por las manos del tornero, del moldeador, del cincelador y del revocador, antes de cocerse la pieza debe recibir el baño ó esmalte, y en seguida, á menos que no se trate de porcelana blanca, ponerse los dibujos, pinturas y filetes de oro.

En esto es en lo que son superiores los chinos, que sin conocimientos ningunos de química, y sin mas que la práctica y sus diversos ensayos, han llegado á la perfeccion á despecho de toda nuestra ciencia y todos nuestros progresos.

En los chinos el esmalte se designa por estas palabras: *aceite de piedra*. Es un compuesto líquido de materias calcáreas y silicosas susceptible de formar por el efecto del calor una vitrificación delgada y perfectamente pura. Han conseguido obtenerlo por una série de combinaciones y de mezclas empíricas, mientras que en Francia la pectinica, roca sacada del Alto-Viena, simplifica singularmente las cosas, y ella sola da el esmalte.

Véase como se revela el poder de la química. Hecho

esto falta la mas importante y delicada operacion, el cocimiento. Conélese que la porcelana cruda es estremadamente tierna y sumamente fragil, y que la accesion demasiado viva del fuego, el menor contacto, los diversos fenómenos de la combustion la espondrian á una multitud de averías. A fin de preservarla, no se la mete en el horno sino encerrada en unas cazoletas, especie de cajas cerradas, que obreros especiales fabrican con una arcilla comun de que al mismo tiempo hacen platos y escudillas para el servicio de las casas. Estos aparatos protectores encierran uno ó muchos vasos, y algunas veces pilas enteras, colo-



Fabricacion de objetos de porcelana en Tho-ki.

cado todo con el mayor esmero por obreros acostumbrados á ello. Estas cazoletas colocadas unas sobre otras se sirven mutuamente de tapaderas.

Cuando se trata de proceder á meterlas en el horno se disponen en cuartos contruidos con ladrillo, las cazoletas en pilas hasta la altura de diez pies. Se tiene cuidado de dejar callejones destinados á recibir el combustible. Este arreglo está combinado de modo, que cada género de porcelana esté sometido al grado de calor que le conviene. Ardiente en la parte anterior del horno, este calor es mas moderado en el centro, y débil hácia el fondo.

Encendido el fuego, se tapia la puerta, despues de haber dejado en lo alto del techo del cuarto un agujero por don de se continua echando la leña.

Dura tres dias esta operacion comprendiendo la de enfriar el horno. En cuanto se vé que las cazoletas han toma-

do un color de bermellon, cesa el fuego, y despues de un día y medio se comienza á demoler la puerta. Las cazoletas estan todavía ardientes, lo que no impide que los obreros encargados de esta peligrosa operacion, se lleguen á ella resueltamente tomando la precaucion de envolverse las manos, los pies y todo el cuerpo con vendas de lienzo grueso y mojado.

El horno caliente todavía sirve para secar la porcelana cruda.

Sacada del horno se aplica á los vasos que lo reclaman las pinturas y adornos diversos, sometiéndoles despues á un segundo cocimiento mas ligero en hornos de otra clase y abiertos. Hay hombres encargados de vigilar lo que pasa en el interior de estos hornos. Cuando ven que los colores vitrificándose han tomado el aspecto brillante, es señal que se ha completado la operacion.

Como el cocimiento de la porcelana exige una práctica consumada, hay fabricantes que á nadie confian esta operacion, que la hacen por sí mismos, y hay otros que se dedican á la especialidad de coeer para otros.

Hemos dicho como fabrican los chinos la porcelana. Los chinos no venden ni enagenan la porcelana fina, la que sale sin ningun defecto, sino las que salen con alguna avería, alguna rajita, ó alguna arruga que por medio de artistas hábiles y muy diestros saben disimular. Esa porcelana de mala ley, ó la gasta la gente de la clase media china, ó la venden á los bárbaros de la mar como nos llaman, ó tal vez la han ofrecido como presente y regalo á nuestros diplomáticos.

Los chinos tienen un gran talento de imitacion, copian los modelos que se les envian con una conciencia y exactitud tal que llega al estremo. Júzguese por la siguiente prueba.

Uno de nuestros ricos armadores hallándose en Madrid, estaba en la tertulia de una señora á quien deseaba mucho complacer. Cuando se sirvió el té se puso como verdadero inteligente á admirar el servicio de porcelana, que era legítimo de la China.

—¡Ay! ¿porque renueva vd. mis dolores? Le dijo la señora de la casa. ¿No vé vd. que mis criados han tenido la torpeza de desportillarme muchas de estas tazas?

—Gracias al cielo me será facil reparar el mal, respondió galantemente el armador. Confiéme vd. únicamente la taza que esté mas maltratada y con uno de mis buques que va á salir á la China, tendrá vd. dentro de pocos meses otras enteramente iguales.

Adivínase que fué admitida la proposicion.

Al cabo de algun tiempo recibió la señora una caja herméticamente cerrada adornada de pinturas, de caracteres, de flores, y de todos los indicios que probaban su procedencia de la China. La señora en el colmo de su alegría hizo abrir á su vista la caja con infinitas precauciones. Inmediatamente apareció un servicio de té completo y enteramente nuevo, todo igual á la taza confiada al armador. Pero ¡Oh desagradable desengaño! cada pieza del servicio llevaba un desportillamiento y una raja exactamente semejantes á las que se veian en el modelo, que devolvian adjunto como prueba de una perfecta imitacion.

ESTUDIOS HISTORICOS.

GRAN CONJURACION CONTRA FELIPE IV,

PARA ALZAR REY DE ARAGON AL DUQUE DE HÍJAR.

(1648.)

I.

EL REY FELIPE IV.

Las calamidades que pesaban sobre la España durante la torpe y desgraciada administración del conde-duque de Olivares, á quien por espacio de veinte y dos años había entregado el gobierno el rey Felipe IV, abandonándose en tanto á una vida sensual y voluptuosa y haciendo que la corrupción y el escándalo cundiese desde la corte hasta las aldeas, perdiendo los españoles aquel carácter valeroso y robusto, y aquellas nobles cualidades que los habían distinguido en todos tiempos de los demás pueblos del mundo, escitó el clamor de toda la España, y la reina Isabel, los grandes y hasta los mismos consejos, tan dóciles y supeditados al poderoso favorito conde-duque de Olivares, se unieron para pedir al rey su destitución, que no sin gran trabajo lograron al cabo de Felipe IV, que desterró al ministro, que tan fatal le había sido, primero á Loeches, y después á Toro, en donde murió á poco tiempo de pesar, execrado de todos los españoles, y celebrándose su muerte como un fausto suceso para la monarquía.

Sucedíole en el gobierno al conde-duque de Olivares don Luis Haro de Guzman, su sobrino, mas suave, mas flexible, menos ambicioso y vano que su tío y mas querido de los grandes y del pueblo, empero los acontecimientos no fueron favorables. La España sufrió pérdidas en Francia, en Flandes, en Cataluña y en Portugal, que en vano se trataba de reconquistar. La reina Isabel, esa princesa, digna hija de Enrique el Grande, rey de Francia, cuyo valor, genio y virtudes había heredado, falleció poco tiempo después, llorada, no solo del rey Felipe IV su esposo, sino de la nación entera. El príncipe de Asturias don Baltasar, á los dos años sigue á su madre al sepulcro.

El rey, cuyo carácter era la apatía y el desden por los negocios públicos, cansado de ellos se entregó á las diversiones, y depositó toda su confianza en don Luis de Haro, en los mismos términos que lo había hecho con su tío el conde-duque de Olivares.

Viéndose sin hijos, había reconocido uno habido de la Calderona, cómica famosa, el cual, con el nombre de don Juan de Austria, vivía retirado en Consuegra, por el gran cuidado que había tenido Olivares de separarle del monarca. Nombróle Felipe IV generalísimo de mar, dándole para su consejo los generales don Gerónimo Sandoval, Juanetín de Doria, el marqués de Montealegre y don Luis Fernandez de Córdoba. Era preciso asegurar la sucesión del reino: trató el monarca de casarse á petición de las Cortes, y eligió por esposa á doña María Ana de Austria, hija del emperador don Fernando III.

Quedaba únicamente á Felipe IV de la reina Isabel de Borbon una hija única, la infanta doña María Teresa de Castilla, heredera de la corona.

Mientras que Felipe se ocupaba de los medios de resistir á la liga de la Francia y las Provincias-Unidas, y de hacer entrar en su deber á los catalanes y portugueses, Nápoles se insurrecciona. Capitaneados los napolitanos por un pescador llamado Tomás Aniello de Amalfi, cuyo nombre se ha confundido con el de Masaniello, degollaron á los empleados en rentas y á muchos de los nobles, saqueando las casas de los pudientes, y cometiendo toda clase de excesos. Cansados de las insolencias del caudillo, le asesinaron, y pusieron á su frente al conde de Torrealta, que tuvo el mismo fin, y fué reemplazado por uno llamado Genaro. Formaron el proyecto de erigirse en república, y aclamaron por dux al duque de Guisa, que pasó de Roma á Nápoles llamado al intento; pero habiendo entrado en la ciudad don Juan de Austria, los derrotó, haciendo prisionero cerca de Cápua al duque de Guisa, que conducido á España, fué encerrado en el alcázar de Segovia, de donde se escapó disfrazado, si bien cogido en Vizcaya, volvió otra vez á esta misma prisión. Ocupábase la corte de España en negociar con la Holanda la paz que ajustó al fin, reconociendo la independencia de los holandeses, quedándose cada una de las potencias con lo que en la actualidad poseían, y libre la navegación á las dos Indias para entrambas. Ajustóse después el tratado de Munster, que suspendió la animosidad entre el Imperio y la Francia. Formóse á este tiempo en Madrid una horrible conjuración contra los días del monarca. El principal autor de este proyecto fué el general don Carlos Padilla, y estaban además complicados en él don Rodrigo de Silva, duque de Híjar; don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra; Domingo Cabral, portugués, y otras muchas personas de menos consideración. Trataban de matar al rey cuando fuese á caza, y de casar á la infanta doña María Teresa con don Alonso, príncipe de Portugal. Para esto se había organizado á la vez otra conspiración en Portugal. Tratábase nada menos que de robar del palacio de Madrid á la infanta doña María Teresa, y llevarla á Portugal para casarla con el príncipe don Alonso, á quien desde entonces su padre el rey don Juan IV miró con el mayor recelo y resentimiento, tratándole con la mayor aspereza, haciéndole retirar de la provincia de Alentejo donde sin su licencia se había ido con pretexto de animar con su presencia á las tropas portuguesas que resistían la invasión de los españoles, y dar pruebas de su valor personal.

Descubierta la trama por una carta que escribió don Carlos Padilla á su hermano don Juan, que se hallaba en el ejército de Milan, fueron presos los que en ella nombraba y otros muchos que resultaron cómplices. Se formó un proceso de algunos que sufrieron el tormento con una constancia heroica, sin querer confesar, pereciendo otros en un público cadalso.

Este proceso, de que apenas hacen algunas ligeras indicaciones muy pocos historiadores en España, es un proceso célebre y muy curioso. Nosotros hemos visto en el archivo de Simancas y en los manuscritos de la Academia de la Historia, muchos preciosos documentos, en vista de los cuales vamos á formar una exacta y verídica relación de este interesante episodio del reinado de Felipe IV.

II.

LA ACUSACION.

Interceptada la carta que escribía don Carlos Padilla, caballero de la orden de Santiago y teniente general que había sido del ejército de Cataluña, á su hermano don Juan de Padilla, que mandaba la plaza de Vercelli en el reino de Milan, el 18 de agosto de 1648, el alcalde de corte don José Lazarraga prendió á don Carlos de Padilla y á don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra, y los puso en la cárcel de Corte.

Al mismo tiempo se mandó una orden á Sevilla para que el asistente prendiese al capitán portugués Domingo Cabral, y lo remitiese á la misma cárcel de Corte, como así se verificó.

El 19 del mismo agosto fué preso el duque de Híjar estando de visita en casa de don Diego de Riaño y Gamboa, presidente de Castilla, de donde le llevó el alguacil don Francisco de Valcarcel al castillo de Santorcaz. En 19 de setiembre le volvieron á Madrid el mismo alcalde y don Pedro de Amezueta, del Consejo, y gobernador de la sala de alcaldes, y le entregaron al alcalde don Pedro de la Barreda, que le puso en una de las casas de la calle de Toledo, que estaban dispuestas y prevenidas para prision del duque.

Formóse junta de algunos del Consejo para conocer de la causa, á que asistió el presidente, y por eso se hacía en su casa. Fué nombrado para sustanciar el proceso el mismo don Pedro de Amezueta y se le dió por escribano y secretario al licenciado don Francisco de Valencia, relator del Consejo y del de la Cámara. Se encargó formar la acusación á don Agustín del Hierro, fiscal del Consejo, que la formuló en un largo escrito, haciendo los cargos á cada uno de los reos.

Don Carlos de Padilla fué hijo de don Francisco Gaitán de Padilla, natural de Toledo, castellano de Milan, donde nació don Carlos, y de la señora de Padilla, su muger, natural de los Países Bajos, que murió oportunamente en esta corte tres ó cuatro días antes de la prision de su hijo. Fué hombre de ingenio agudo, inquieto y sedicioso; de lengua y mano prontas, altivo, ambicioso, soberbio y muy pagado de sí mismo. Pasó capitán de infantería siendo muy joven, de Milan á Flandes, en el ejército en que el duque de Feria campearon gloriosamente en la Alsacia el año 1632. En el de 1634 llegó felicisimamente á aquellos estados el señor infante don Fernando, después de la esclarecida victoria de Norlinghen. Sirvió en infantería y caballería; empero hacía el año de 44 llegó hasta el empleo de teniente general en el ejército de Cataluña, bajo el mando de don Felipe de Silva, el cual en la ocasión de la batalla, que con feliz suceso se dió á los franceses el año 1645 sobre Lérida, no quedó con entera satisfacción de su modo de obrar aquel día, sin atribuir á falta de valor su tibiaza.

Esta opinión de don Felipe obligó á suspenderle en el ejercicio del altísimo puesto á que don Carlos estaba destinado; teniendo igual opinión de él don Andrea Cantelmo, sucesor de don Felipe, con no buenos indicios de que llegaron noticias de que sus palabras eran libres y sediciosas, se resolvió á retirarle del servicio, entreteniéndole en Madrid con

ocasion de sus pretensiones, hasta que el tiempo descubriese materia capaz de usar de otros medios, pero asistiéndole siempre puntualmente con trescientos escudos al mes, como él mismo escribe á su hermano en la carta que se interceptó. Creció mayormente la porfía, porque habiendo él propuesto intentar una negociación en Francia para hacer la paz, para ello le pidió dinero, crédito, y otros medios de autoridad y confianza que se conceden á los ministros á quienes el rey encarga esta negociación, y manifiesta su poca esperanza en una carta que escribió, diciendo que se lo escribía un caballero francés con quien tenía correspondencia por haber sido su prisionero, y haberle tratado con cortesía y alcanzándole la libertad, y en que mostraba decir había en Francia quien favoreciese el intento, y por cuyo medio afirmaba obtendría pasaporte para pasar por cualquier reino.

Hubo personas ciertas que afirman ser falsa la carta y el intento de don Carlos, mas enderezado á alevosía y traición que al servicio del rey y del bien publico, porque con sus domésticos y con la misma persona que delataba, se declaraba agraviado, y deseoso ardientemente de venganza, porque no le empleaba como él deseaba, engrandecido como sucede de sus méritos y sus quejas, y no reparando en sus defectos que habían influido en la causa de ellas. Vigilaron sobre sus acciones, y admitiéndose la pretension se tomó ella misma por medio de entretenerle con pretexto de formar sus instrucciones y despachos, y disponer lo demás, necesario á su negociación, hasta que se supo por el mismo medio haber dado un pliego para su hermano don Juan de Padilla, que se hallaba en Milan, á don Pedro de Acuña, conde de Acentar, que iba á continuar sus servicios en aquel estado.

Recogido el pliego, se halló una carta larga, cuya última fecha era de 16 de agosto, y con ella otra del mismo día de don Juan de Silva, marqués de la Vega de la Sagra, para el mismo don Juan.

Era don Pedro hijo del marqués de Montemayor, heredero por testamento de don Felipe de Silva, primo de su padre, y por cuyos méritos y servicios, se le había dado este título con quinientos vasallos, y hecho otras mercedes. Profesaba la carrera de jurisprudencia, en cuya ciencia y en las humanidades tenía bastante crédito, y pertenencia al colegio mayor de Cuenca en la universidad de Salamanca.

En la carta de don Carlos á su hermano, se descubría abiertamente su intento ambicioso en la marcha que proponía á Francia, porque dice que sino le salía el de conseguir las paces, ó hallaba en él grandes dificultades, había de solicitar con los mismos medios que el rey le daba para su servicio y encaminar el bien de España, armas y otras disposiciones de aquella corona para mayormente hacerle daño en ejecución de su deseo de venganza y satisfacción de su ánimo. Se muestra sumamente inquieto, ambicioso y desmedido sobre su estado de capacidad, y así se conoce en sus discursos sobremanera desconcertados, y propios de un hombre sin juicio y de mala conciencia juzgando á otros por sí mismo, hallándose combatido de sus mismos pensamientos y temerarios intentos, representándosele unas veces su perdición, y otras su felicidad. Pero aunque parece que algunas veces se enmienda y corrige, se conoce bien que en la verdad estaba siempre fijo en maquinizar contra su rey deduciéndose al hecho mismo práctica de ejecución, dando prisa á su despacho para Francia, intentando al mismo tiempo

concertar con el rey de Portugal, á donde en particular volvia los ojos cuando le parecia que la marcha de Francia se dilataba.

En la misma carta persuadia á su hermano, á quien suponía se habia dado ó prometido la posesión de Vercelli, dejase el servicio del rey, y desde aquella plaza capitulase con otros príncipes, induciéndole á la desercion. Le participaba sus intentos, sin cifra, ni otra cautela; cosa bien digna de reparo en ingenio tan travieso y astuto, prueba de la providencia de Dios que sabe descubrir tan atroces designios.

En la carta misma nombra por partícipes y cómplices al duque de Híjar, á don Pedro de Silva, y á un Domingo Cabral, portugués, ya otras veces preso, y últimamente desterrado por alborotador, á quien con todo eso introdujo y acreditó don Carlos con los ministros mas influyentes del rey por manifestador de una sorpresa, cierta ó fingida, que los portugueses intentaban en Cadiz, y con cierto color y apariencia, porque semejantes empresas no se comunican sino con hombres tales de quienes se espera que cooperen á ellas y así deben ser oídos; y con esta ocasion le envió á Cabral á Sevilla para descubrir mas y para embarazar la empresa con las cautelas necesarias; si bien don Carlos, como en la causa aparece, se valia de él para el trato de Portugal, y se pensaba valer para el de Francia; y aunque da á entender don Carlos en la carta que habia otras personas deseadas de su comunicacion, á la manera que tambien refiere otras cosas que se han probado ser falsas, al menos deplora que no la habia tenido con ellas acerca de su intento, porque dice se reservaba para tiempo oportuno. Así mismo don Pedro de Silva en su carta ya referida mostraba ser sabedor y partícipe de los atroces intentos de don Carlos, y de lo que contenia su carta larga en que iba la de don Pedro.

Vistas estas cartas de don Carlos y don Pedro, y resultando por ellas gravemente culpado, y el otro no levemente iniciado, se mandó prender á los dos en 18 de agosto, y habiéndose reconocido otra vez las mismas cartas, y otros papeles, que se hallaron á don Carlos, y recibido algunas declaraciones de sus criados y huésped de su posada, se mandó al día siguiente prender al duque de Híjar y llevarlo al castillo de San Torcaz, y que Domingo Cabral fuese traído preso desde Sevilla á esta corte. Y el rey mandó que sustanciase y juzgase la causa primero tres ministros del Consejo, y despues cinco en presencia del presidente, todos doctos y celosos del servicio del rey, los cuales la prosiguieron con la sumaria, cargo á los reos, con traslado; y habiendo en el juicio plenario recibido la causa á prueba, el fiscal les pasó su acusacion en forma, y se les mandó dar traslado, participar el proceso á sus abogados, y oírles de palabra y por escrito, admitir sus respuestas, probanzas é instrumentos, y otros descargos, prorogándoles el término que pedian, y concediéndoles cuanto desearan para su defensa.

Las acusaciones que les puso el fiscal á los cargos que resultaron de lo que se probó contra los reos en las cartas, reconocidos testigos, confesiones, y otros medios, con toda la formalidad del orden judicial, se reducen á esto.

A don Carlos, ademas del intento ambicioso de prevaricar en Francia, valiéndose contra el rey y el reino de los medios que le diese para su mision, y no logrando su trato en Francia, moverle guerra en Portugal, procurando que ocupase á Galicia, ú otra prenda grande, usando para ello de las firmas del rey que habia pedido para la negociacion

de Francia, con lo demas que se ha referido de su carta, se le hizo cargo y culpa de que habia tratado de perturbar el reino de Aragon con las armas de Francia á fin de que se pudiese establecer por rey del mismo reino al duque de Híjar á quien hizo esta proposicion, y con quien diversas veces la confirió y fomentó, resolviéndose que el mismo don Carlos viniese con las armas de Francia á aquel reino, y el duque se hallase en él para disponer y atraer á sí las voluntades de sus naturales, no solo para en el caso de que faltase el rey, sino tambien en su vida y la de la señora infanta, sobre las cuales sacrilega y traídoramente consultaba astrólogos y matemáticos, y otros tales que acuden en las grandes córtes como horruras de la resaca de otras partes; ó bien cuando faltase el medio de Francia intentar el mismo fin por otro no menos injusto y ambicioso medio, procurando para conseguirlo dinero del rey de Portugal, para lo cual se valia de Cabral á quien acababa de traerle con el pretexto de la empresa de Cadiz que suponía; y para esto le ordena que les escribiesen dos cartas, una para llevar adelante este pretexto con los ministros, y otra en que le dijese lo que trataba con los portugueses en orden á su trama y alevosia, y aun le dió orden de advertir en que forma se podia sorprender á Cadiz para usurpársela y tenerla por retirada y abrigo de cualquier suceso.

Don Carlos, habiendo negado primero el haber escrito carta alguna á su hermano, despues que le fué exhibida la referida carta la reconoció por suya, pero en las primeras confesiones como en la última defensa de sus abogados, negó que lo que dice en ella fuese cierto, diciendo que solo la habia escrito para mover á su hermano á dejar el servicio del rey y á que diese crédito por este fin á lo que él le escribía, como tambien que lo que parece por otra carta haber comunicado á Cabral de sus intentos en Francia y Portugal, y colocacion en el trono del duque de Híjar, lo fingió para que Cabral lo comunicase á los suyos, y lo que sabia de la sorpresa de Cadiz. Pero habiéndose probado con diversos testigos á quienes el mismo don Carlos lo habia comunicado, y habiendo confesado su culpa, y despues la complicidad y participacion de los que nombraba en su carta en respuesta de auto de comunicacion de tormento, que se le notificó para en cuanto á los cómplices; y en el mismo tormento que con efecto se dió, con su ratificacion, despues que él ha declarado que se habia resuelto al tratado con el duque porque le ofreció participarle sus fortunas y las ventajas de ella, aunque dice no se habia ajustado últimamente cosa alguna, siendo cierto ó no lo siendo lo que primero se habia de intentar, y juntamente que el duque ganase algunos pleitos adonde habia que acomodar dinero, y que él y don Pedro tenian el éxito de la pretension del duque por imposible, y así hablaba de él con risa, aunque se declaraba de esta manera con el duque, no se le admitieron sus respuestas y escepciones, como tampoco las que opuso de defecto de los testigos, y de ser su confesion cualificada y condicional, y de que caso negado que fuesen ciertos los cargos y acusaciones, habian quedado en solo intento sin pasar á ejecucion, con que así no se le habia de imponer la pena ordinaria, considerándose que la confesion en la verdad fué simple y absoluta.

La cualidad de la materia privilegiadísima de la causa, y de difícil probacion en que en el derecho se suplen los defectos de los testigos, hizo que en cuanto lo permitió el